

LITERATURA MEDIEVAL

Volume II

ACTAS DO IV CONGRESSO
DA
ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Lisboa, 1-5 Outubro 1991)

Organização de
AIRES A. NASCIMENTO
e
CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO

EDIÇÕES COSMOS

Lisboa
1993

© 1993, **EDIÇÕES COSMOS e ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

Reservados todos os direitos
de acordo com a legislação em vigor

Capa

Concepção: Henrique Cayatte
Impressão: Litografia Amorim

Composição e Impressão: EDIÇÕES COSMOS

1ª edição: Maio de 1993

Depósito Legal: 63839/93

ISBN: 972-8081-05-7

Difusão

LIVRARIA ARCO-ÍRIS

Av. Júlio Dinis, 6-A Lojas 23 e 30 — P 1000 Lisboa
Telefones: 795 51 40 (6 linhas)
Fax: 796 97 13 • Telex: 62393 VERSUS-P

Distribuição

EDIÇÕES COSMOS

Rua da Emenda, 111-1º — 1200 Lisboa
Telefones: 342 20 50 • 346 82 01
Fax: 347 82 55

«Enemigos» y «Traidores» en el *Tristán Castellano*

Elena Moltó Hernández

Universidad de Valencia

Si la historia de Tristan e Iseo cautivó desde el primer momento al público medieval, se puede decir que es a partir de la prosificación de la leyenda en el siglo XIII cuando alcanza su máximo auge de popularidad. De ello dan muestra, no sólo la ingente cantidad de manuscritos conservados de la prosa francesa, en comparación con los textos en verso, sino también la rápida difusión de la obra, las traducciones y adaptaciones de que fueron objeto en el extranjero las aventuras de los amantes de Cornualles. Deudor de la prosa francesa es, entre otros, uno de los textos españoles del medievo tardío conservados sobre la leyenda: el *Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís y de sus grandes hechos en armas*¹. La redacción de esta obra sigue bastante fielmente la llamada «versión común» en lo que, según el análisis de Löseth, correspondería a los párrafos entre el 19 y el 60, es decir, desde los antepasados más directos del héroe hasta la vuelta a Cornualles tras la boda con Iseo de las Blancas Manos. A partir de este momento, hasta la muerte de los amantes, el texto castellano sigue la prosa francesa muy libremente, realizando notables supresiones o resúmenes y, lo que es más importante, aportando serias modificaciones en el sentido último de la obra. Me ceñiré a un tema que aparentemente en el texto castellano es de menor trascendencia que en su modelo francés, pero que ilustra claramente, a mi parecer, la transformación sufrida en el *Tristan de Leonis*: el tratamiento que reciben los enemigos, los traidores y en general los «felones» que acechan el aparente idílico universo artúrico que sirve de marco a la historia de Tristán e Iseo.

Y es que en este libro de caballerías, concebido como una biografía a mayor gloria del noble e virtuoso caullero don Tristan de Leonís², transita una corriente negativa cuya función, evidentemente, es la de obstaculizar, retrasar o anular las grandes y diversas y maravillosas fortunas³ a las que en principio está prometido el héroe. Toda su infancia y adolescencia está jalonada por atentados contra su vida, propiciados por personajes que, la mayoría de las veces, ven en el joven Tristán un obstáculo a sus aspiraciones de poder. Sólo con la llegada a Cornualles y su entrada en el mundo de la caballería Tristán consigue desarrollar un papel activo contra las fuerzas que se ciernen sobre él y sobre su linaje. Las victorias contra Morlot o contra el gigante de la isla del Ploto⁴, por ejemplo, ponen de relieve, no sólo su lucha por la supervivencia, sino su papel como destructor de las malas costumbres que someten a los débiles a influencias perniciosas. En definitiva, una vez inmerso en el universo artúrico, el héroe se enfrenta victorioso a las típicas pruebas de valor que según el código de la élite, dan sentido a la existencia de la caballería andante. Pero sus oponentes, sus enemigos no sólo se encuentran en el campo de batalla. Los más difíciles de combatir son aquellos que traman en la sombra la pérdida del héroe con armas que no son precisamente las del combate cuerpo a cuerpo. En este sentido, el texto castellano nos ofrece un particular tratamiento de todas aquellas entidades que personifican una oposición a la trayectoria vital del héroe. La prosa francesa ya había transformado notablemente el papel que jugaban los consejeros «felones» de Marc en los textos en verso: el estado de «jaque al rey» con el que amenazaban continuamente a Marc si no reconocía la relación adúltera, escondía en realidad los intereses políticos de una clase aristocrática en pugna con el poder de la corona. Esta situación patente en el *Tristan de Béroul*, por ejemplo, pudo parecer subversiva para los narradores del siglo

XIII que prefirieron «suavizar» la problemática política y apartar del universo narrativo una sombra tan inquietante para la armonía social. Si el poder coercitivo de los vasallos de Marc ha desaparecido, no es menos cierto que en la prosa francesa quedan ciertas huellas: nada más llegar a Cornualles, Tristán destaca demasiado para el gusto de los vasallos del rey, que no dudan en considerarlo como un intruso y como un indeseable cuya valía hace resaltar sus propias debilidades⁵. Tristán en persona, expulsado de la corte se encarga de recordar a los barones de Cornualles todas sus proezas en favor del reino, estigmatizando así la ingratitud de Marc y su séquito⁶. Nada de todo esto se hace patente en el *Tristán de Leonís*; no sólo la actitud de Mares es más acomodaticia, sino que su sobrino es acogido en la corte con el más exquisito de los afectos, y ninguna de sus habilidades causa recelo en los caballeros del rey:

«...y Tristan le començo a seruir e tratarse en las armas lo mejor que podia, y aprendio de lançar el tablado, y de justar; e auia mas honra que ninguno de los caualleros, e era amado de todos»⁷.

Ni siquiera se atrae en este momento la enemistad de Aldaret, también sobrino de Mares. En la prosa francesa es el primer instigador de la persecución del héroe desde el momento en que irrumpe en Cornualles, celoso de que un extranjero ocupe su puesto en la corte. No es difícil verlo preparar tretas para atrapar a Tristán⁸, urdir maquinaciones para separar a los amantes⁹ o recomendar a Marc que lo mate directamente¹⁰. En resumen, es el perfecto esbirro al servicio del rey y un ambicioso enemigo no sólo para Tristán, sino para la corte de Arturo: de él parte la idea, por ejemplo, de pedir ayuda a los Sajones en la lucha de Marc contra Arturo. En el texto castellano, Aldaret ve reducida su actitud de oponente en favor de una doncella de la reina¹¹ cuyos motivos son puramente pasionales: al ser rechazada por Tristán, todas sus maniobras van encaminadas a espiar y denunciar los encuentros amorosos de la pareja. El esquema se repite tres veces idénticamente: la doncella descubre el adulterio, avisa a Aldaret y éste al rey:

«...y la donzella estaua en lugar que lo vio, e penso en todo mal, e fuese para Aldaret»¹²

«... e la mala donzella velaua por hacer mala obra a Tristan, e paro mientes por una fendedura que estaua so la puerta e por alli los vio estar; e luego fue para Aldaret»¹³.

«...e la mala donzella estaua en lugar que oya toda su polaridad (...), e quando vio que eran dormidos, fuesse para Aldaret e dixole...»¹⁴

Aldaret es pues un mero instrumento en sus manos¹⁵. Su papel se limita esencialmente a lamentarse a escondidas de las hazañas del héroe, o a congratularse cuando lo cree en un mal paso. Pero incluso, su última delación, la que causa la muerte de los amantes, no parece suficientemente motivada ya que en el *Tristan de Leonís* Aldaret no sufre como Andret las humillaciones ni las derrotas de Tristán y de sus compañeros de la Tabla Redonda¹⁶. La alegría tras la muerte de los amantes acaba por convertirlo evidentemente en un personaje odioso hacia el que se canalizan todos los impulsos negativos, pero ni siquiera así deja de ser un pálido reflejo de su predecesor en la prosa francesa.

Como lo es una de las figuras más turbias y perturbadoras que puebla la leyenda: el rey Mares. Para los primeros prosistas ya fue fácil transformar el carácter benevolente, casi complaciente del rey magnánimo de los textos en verso, en el primer enemigo de la pareja. De hecho, la prosa trasladaba los impulsos negativos de los vasallos más o menos rebeldes, al propio rey, que se convertía a su vez, en vasallo más o menos rebelde de Arturo. De un plumazo se conseguían dos objetivos: por un lado se anulaba el carácter demasiado ambiguo del monarca que siempre oscilaba entre la aceptación y el rechazo de un adulterio que podía minar su propia posición en la sociedad; por otro la actitud traicionera y gratuitamente vengativa del rey hacía imposible en los amantes cualquier escrúpulo ante un adulterio que se aceptaba como legítimo y natural desde su inicio. Desaparecían así dos conflictos fundamentales, el político-social y el religioso-moral.

En el *Tristan de Leonis*, sí se hace mención de los antecedentes asesinos de Mares, como es el hecho de haber dado muerte a su hermano Pernan por considerar vergonzoso pagar el tributo al Morlot de Irlanda sin oponer una digna resistencia. De igual modo se señalan las dos tentativas de asesinato que sufre Tristán a manos del rey por pura envidia y celos de su valía¹⁷. Pero se puede decir que aquí termina el lado negativamente activo del personaje. Desaparecen la mezquindad intrínseca, la furia destructiva que otorgaba al Marc de la prosa una notable seguridad en la ejecución de sus fechorías. En definitiva, se ha escamoteado una cierta grandeza de la «noirceur» que hacían de él un temible y verdadero enemigo. Mares ya no es capaz de imponer su voluntad ni a su propio sobrino. Tras el rapto de Iseut por Palamèdes, Marc consigue evitar que Tristán salga inmediatamente a rescatarla y consiga así todos los honores. Tras haber concedido el don a Palomades, la fuerza de con-vicción de Mares se ve notablemente disminuida en el *Tristán de Leonis*:

«Señor sobrino, yo querria que esta noche quedassedes aqui». E Tristan dixo: «Por Dios, señor, no me lo mandays, que no lo hare por cosa del mundo, e marauillome de vuestra discrecion en poneros a vos e toda la corte a recibir mengua de un solo vauallero con tales promesas e mercedes»¹⁸.

Tan disminuida o más como su capacidad de reacción ante lo que se le presenta como un flagrante delito de adulterio. No sólo Mares no toma nunca la iniciativa a la hora de espiar a los amantes, sino que se resiste reiteradamente a creer en la posibilidad de un ultraje, cada vez que se le invita a comprobarlo. La primera vez que son sorprendidos en la cámara de la reina, se hace necesario insistir para arrastrar literalmente al rey a ser testigo del crimen:

«...y el rey dixo: Cosa es que non puedo creer, que Tristan haga tamaña maldad a mi. Dixo Aldaret: Yo vos lo fare ver; e seguidme. El rey dixo que no queria»¹⁹.

En definitiva, la pusilanimidad de Mares, su falta de iniciativa en la persecución constante del adulterio, hacen imposible una reacción mínimamente violenta. Casi todos los enfrentamientos con los amantes se saldan pues con el arrepentimiento del rey, el perdón (un perdón que no esconde como en la prosa el deseo reiterado de tener a Tristán cerca para vengarse más fácilmente) y la promesa de no dejarse persuadir por aquellos que realmente quieren mal a la pareja²⁰. Si sus reacciones están faltas de una decisiva violencia hacia su sobrino, también lo están hacia los personajes que defienden como él un mismo ideal caballeresco. La obra francesa ponía de relieve una oposición de Marc, no ya tanto a su sobrino como a los valores que Tristán y todos su compañeros de la sociedad artúrica esgrimían con tanto arrojo y éxito. Cornualles se convertía así, a imagen y semejanza de su monarca, en un refugio para todos los vasallos «mauvez e failliz», para toda la escoria caballerescas que era desterrada de la élite y que no cejaba en su empeño por combatirla. En este sentido es significativo que el *Tristan de Leonis* haya suprimido todos y cada uno de los episodios en los que Marc atacaba a notables figuras de la Tabla Redonda mediante sus armas favoritas: las emboscadas, las tretas y los engaños²¹. Esta lucha contra el universo artúrico llegaba a su paroxismo con la invasión de Marc del reino de Logres, (debilitado por la búsqueda del Santo Grial), aliándose con los que habían sido sus enemigos, asediando Camelot e hiriendo gravemente a Arturo, su señor legítimo. En el *Tristan castellano*, Mares no atenta de ningún modo hacia las leyes que rigen el comportamiento de la caballería andante, y se somete con relativa docilidad a la voluntad de Arturo. Pero no es el único, si la Morgana de la prosa, utilizando medios muy parecidos a los de Marc se dedicaba a atacar a los baluartes de una élite que había hecho de ella una paria. La Morgayna del texto castellano ve limitado su rol a una esporádica confrontación con el héroe que no tendrá mayores consecuencias en el relato. Las débiles amenazas con las que increpa a Tristán después de haber sido rechazada no se verán realizadas nunca. El *Tristan de Leonis* suprime incluso su participación en la muerte del héroe. Es sabido que en la prosa Marc asesina a traición a su sobrino con un arma envenenada que Morgana le envía; arma con la que se sirvió Tristán para matar al amante de turno de Morgana: es la

venganza definitiva de una mujer devorada por los celos, amante en silencio de Lanzarote e impotente para descubrir a Arturo el adulterio que comete con Ginebra.

Si Alderet, Mares y Morgayna no se revelan como auténticos enemigos, oscuros traidores, ¿qué queda en el *Tristan de Leonis* de aquellas fuerzas que minaban en la sombra la aparente tranquilidad del universo artúrico? Pues la verdad es que nada. Gauvain o Brehus sans Pitié, personajes inquietantes por su amoralidad, por su manipulación de las reglas de la caballería, llamaban la atención hacia la violencia y la desmesura en la que podía caer el seguimiento estricto de un código que todos aceptaban como el pilar de una sociedad cohesionada y armónica, pero subrepticamente amenazada en sus cimientos. Es evidente que el adaptador castellano modificó sus fuentes para atenuar en lo posible cualquier sensación de peligro real o de provisionalidad: la apología de la caballería andante no permite la más mínima sombra de duda y cualquier prevención hacia sus excesos, cualquier agente distorsionador de la gloria y esplendor del mundo artúrico es sencillamente silenciado. Y qué mayor omisión que la del declive del país de Logres, el desmoronamiento del imperio de Arturo y la muerte de todos aquellos que habían contribuido a consolidarlo? El *Tristan de Leonis* se cierra pues afirmando la inmutabilidad del orden social establecido y creando la ilusión de una estabilidad que ninguna relación de fuerzas puede hacer variar. Incluso la muerte de los amantes se presenta más como la consecuencia de un desgraciado accidente que como el testimonio de una victoria: la de las fuerzas del mal que arman, por muy diversos motivos los brazos de Morgana, de Marc, de Galvan y de otros tantos enemigos de la estabilidad del universo artúrico.

Notas

¹ Libro impreso por primera vez en Valladolid en 1501 y reimpresso en Sevilla en 1520, 1528 y 1533. La edición que citamos es la de Bonilla y San Martín, *Libros de Caballerías I. Ciclo Artúrico*, Madrid, Bailly Ballière e hijos, 1907, p. 339-456.

² p. 456.

³ p. 339.

⁴ Cap. VII-VIII, XXII-XXIII.

⁵ Loseth § 28.

⁶ Löseth § 105.

⁷ p. 348.

⁸ Löseth § 287

⁹ Löseth § 253.

¹⁰ Loseth §105.

¹¹ Basille en la prosa. Löseth §49.

¹² p. 383.

¹³ p. 384.

¹⁴ p. 385.

¹⁵ Aldaret se niega a creer en el adulterio hasta que la doncella le incita a comprobarlo: «...e fuesse para Aldaret, e dixo Sabed que Tristan e la Reyna se aman de amor. 'Callad, dixo Aldaret, que Tristan no faria tal cosa'.», p. 383.

¹⁶ Loseth § 282h Perceval se enfrenta a él y acaba lanzándolo por una ventana; §§289-90 Lanzarote le vence y es hecho prisionero; § 317 cae prisionero esta vez de Perceval.

¹⁷ La primera cuando la dueña del Lago de la Espina (en la prosa, la mujer de Segurades) tiene un encuentro amoroso con Tristán y Mares le prepara una emboscada; la segunda al enviar a su sobrino a pedir la mano de Iseo sabiendo el odio que le tienen tras haber matado a Morlot: «E Tristan bien entendio que no li embiaua sino porque muriese alla», p. 362.

¹⁸ p. 378.

¹⁹ p. 383. En una segunda oportunidad, los amantes tienen la suerte de retomar una actitud aparentemente inocente cuando el rey es requerido a presenciar el encuentro amoroso. El hecho de que se encuentren ambos en los aposentos de su mujer no le hace sospechar nada en absoluto, es más, pretende incluso

convencer a los delatores de lo infundado de sus pretensiones: «E vieron por la fendedura de la puerta, que era ya levantado y estaua acostado a la cama e posado en el estrado, e tenia cubierto su manto. E quando el rey los vio, dixo: 'Aldaret, assi ellos estando, no hazen semblante de ningun mal'.», p. 384.

²⁰ «O Aldaret, Dios te destruya, que por tu locura yo soy desonrado y la reyna, y me has hecho yr de mi corte el mas valiente cauallero que nunca truxo armas», p. 384; «Esto me ha venido por Aldaret, maldito sea el», p. 385; «Yo vos perdono todo mi mal talante, assi como aquel que yo amo e tengo por bueno y por leal», p. 386; «Yo por amor del, perdonarle he, e fare con el gran alegría e festa», p. 405...

²¹ Löseth §§ 171-175 contra Yvain, Keu y Gaheriet; §209 contra Bertelai; §210 contra Lamorat...